PAPELUCHO HISTORIADOR
MARCELA PAZ



La gente grande no se acuerda ya de lo mucho que cuesta estudiar.

Creen que uno no tiene nada en la cabeza…

Y hay que ver lo difícil que es poner atención y no pensar en otra cosa. Porque hay tanto en qué pensar.

Cuando alguien nos explica bien, le entendemos; si ese alguien nos explica algo entretenido, ponemos atención y si ese alguien nos cuenta una historia que nos gusta de veras, la aprendemos y no la olvidamos nunca.

A mí me cuesta tanto estudiar, que para poder aprender he tenido que escribirme yo mismo la Historia de Chile. Y ahora si que la sé de veras y no se me va a olvidar.

Papelucho

I

HACE MUCHO TIEMPO, tal vez dos años, yo estaba en 3° Básico. La señorita Carmen era la profesora de nosotros. Era buena gente, pero a mí me tenía mala barra. Siempre me estaba diciendo:

—Papelucho, baja a la tierra. Te vas a pegar al techo, como las moscas. Vives en las nubes. .. —y me sacaba harta pica.

Todavía me acuerdo del día en que nos explicó que la tierra es redonda.

Yo ya sabía que la tierra era redonda. Pero me la imaginaba redonda como un plato inmenso. Creía que el Cielo era la tapa del mundo. Por eso no le ponía atención a la profesora, porque ya había oído eso.

Pero de repente sacó ella de su bolsillo una naranja. La mostró a toda la clase y comenzó a explicar que la tierra era de esa clase de redondez.

Cuando me di cuenta que el mundo era como esa naranja me dieron unas ganas tremendas de comerme un pedazo del mundo. Sentía una sed terrible y los dientes se me salían de la boca por ir a darle un mordisco. Entonces paré el dedo:

—¿Qué hay Papelucho? —dijo la Srta. Carmen.

—Yo no entiendo... —dije.

—Ven acá entonces.

Me acerqué. En realidad yo sólo quería tocar la naranja y tal vez olería, porque no estaba bien seguro si era de verdad o de goma. Hacía un año que no comía naranjas.

—¿Qué es lo que no entiendes, Papelucho?

—Lo de la naranja —contesté, y se me comenzó a reventar la hiel.

—Es redonda ¿ves tú? La tierra es igual —dijo ella— redonda como esta naranja.

—¿Y cómo no nos resbalamos y nos caemos para fuera de la tierra? —pregunté.

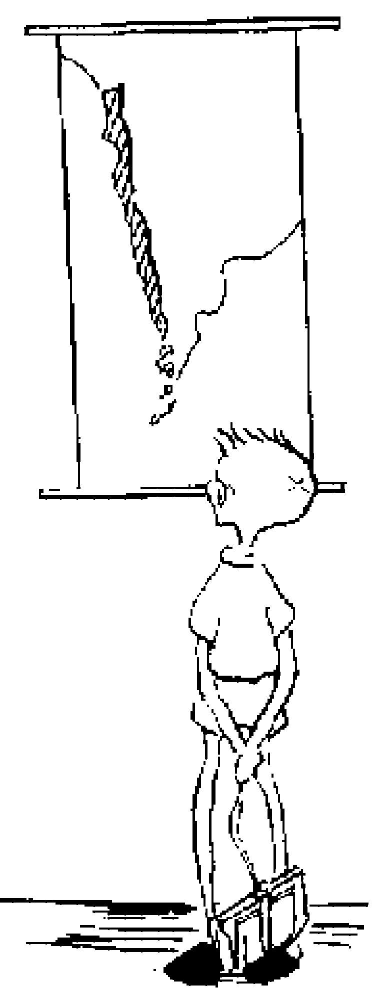
—Papelucho, hace media hora que estoy explicando que en el centro de la tierra hay un imán que atrae. Por eso si tú saltas, caes de nuevo al suelo. Si la tierra no tuviera imán te volarías.

Yo sabía lo que era un imán. Además lo estaba sintiendo muy fuerte con la naranja ahí tan cerca. Tenía casi reventada la hiel.

—¿Me entiendes ahora? —dijo la señorita.

—Un poco... ¿A ver? —estiré la mano y ella me pasó la naranja. Sentí

una cosa rara. Algo así como si yo fuera el lobo y la naranja la Caperucita. Creo que era el imán de la tierra.



Antes de pensarlo, la naranja estaba mordida y casi comida.

—¡Papelucho! —un brusco tirón de la señorita Carmen me la arrancó de la boca y sólo entonces me di cuenta de que estaba terriblemente agria.

—¿Por qué hiciste eso? —ella estaba roja de enojada.

—Porque creí que estaba dulce y también por lo del imán —contesté. Y cuando la vi tan furia traté de explicarle todo porque ahora sí que entendía muy bien que la tierra era de la redondez de una naranja y que tenía un imán tremendo.

II

DESPUÉS DE ESE DÍA la Srta. Carmen no trajo más naranja para enseñarnos que la tierra es redonda. Todos lo sabíamos. Pero trajo un mapamundi. Y es lo más encachado porque salen en él todos los países del mundo. Cada país tiene su colorcito propio, todos brillantes, pero lo más macanudo de todo es el mar.

La Srta. Carmen nos mostró dónde está Chile. Está abajo y es largo y flaco como una lombriz que casi se corta a cada rato.

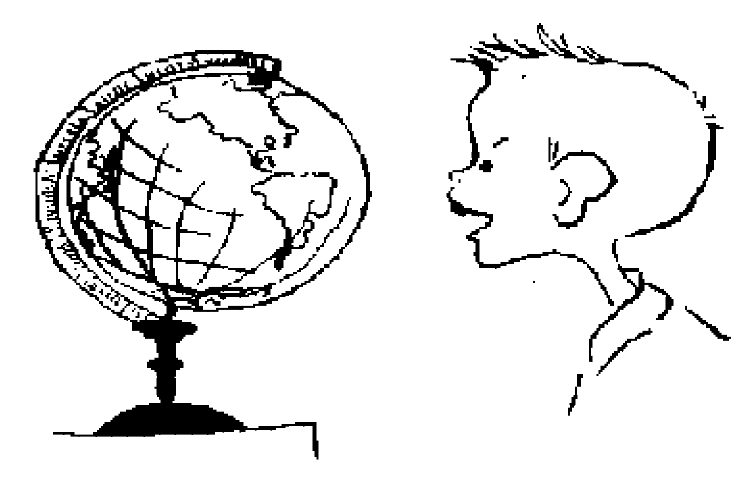
—Este es Chile y este es Santiago —dijo mostrando un puntito negro—. La capital de Chile y la ciudad más importante es Santiago.

Pensar de que nosotros vemos Santiago del porte de una peca de mi nariz. Uno se da cuenta de que si Santiago sale tan chico en el mapamundi quiere decir que no importa que Chile se vea tan flaco en el mapa. Resulta que es inmenso.

—Chile es muy rico —dijo— porque tiene a un lado el Océano Pacífico y al otro la Cordillera de los Andes.

Yo me quedé pensando cuáles serían las riquezas y por fin entendí. Resulta que un país con mar es como una casa con una inmensa puerta que da a todo el mundo. Y un país con cordillera es como una casa con una

muralla de fortaleza por la que no se puede meter ningún intruso.



—¿Este mar es de nosotros? —le pregunté a la Srta. Carmen.

—Este mar es el Océano Pacífico —dijo— y toda nuestra costa orillea el Océano. Las aguas que están cerca son aguas chilenas.

—¡Qué pena! —dije.

—Pena, ¿por qué?

—Porque es un Océano Pacífico. No debe pasar nada nunca...

—Es sólo el nombre. Han habido batallas y guerras, barcos piratas y muchas cosas que conocerás más adelante, Papelucho.

—Así que, ¿hay barcos hundidos en el fondo de este mar? —pregunté—. ¿Eran barcos piratas con tesoros y cofres y todo?

—Sí, pero no es fácil sacarlos...

—¿Es que las ballenas no permiten sacarlos? O tal vez los pescados se alimentan de ellos y por eso tienen cutis de plata.

—Tal vez —dijo.

—Me habría gustado nacer ahí... Y también para salir a nadar por todo el mundo. Si fuera pescado chileno habría sido tan aventurero y habría ido a muchas partes a buscar lo más rico y sabroso, lo más lindo de los otros mares para traerlo a Chile...

—En realidad los pescados chilenos son sabios y esquivos y no se dejan pillar fácilmente. Hay pocos países en el mundo que tienen tanta costa como Chile...

—¿Y cordillera? —pregunté.

—Tampoco tienen otros una cordillera como la nuestra.

—Eso quiere decir que no es una patilla cualquiera.

—Es una cadena de montañas —dijo.

—¿Cadena?

—Así se llama cuando hay muchos cerros altos uno al lado de otro.

—¿Y son cerros de qué?

—Al parecer de roca, pero minerales.

—¿Con minerales? —pregunté—. Yo le pregunto si hay algo dentro de ellos.

—Naturalmente. Hay minas preciosas.

—¡Chitas! —dije—. A un lado tesoros en el mar y al otro minas preciosas... Entonces no importa que parezca un queque con sorpresas. Como los de los cuentos. De esos queques que tienen frutas confitadas, nueces, caramelos y chocolates... ¿Han sacado ya las minas preciosas?

—Solamente algunas. Han descubierto minas de oro, de plata, de cobre, de carbón y de fierro.

—Pero, ¿quedan otras por descubrir? Ojalá que no tengan tiempo de descubrirlas todavía para que me quede una a mí. Es macanudo nacer en un país donde el que escarba encuentra. Ojalá que la Cordillera de los Andes guarde bien sus tesoros para cuando nosotros seamos grandes. ¿Ella es como la bodega de Chile?

—Sí, Papelucho.

—¡Me gusta haber nacido en Chile! Me gusta por tres cosas.

—¿Cuáles son?

—1°. Porque uno se puede subir a la punta de la cordillera y con skies



se tira derecho al mar;

—2°. Porque uno es dueño de todos los pescados y ballenas de las aguas chilenas. Si uno amaestra bien una ballena puede vivir en ella y salir a navegar hasta por debajo del agua y sacar tesoros de piratas, y

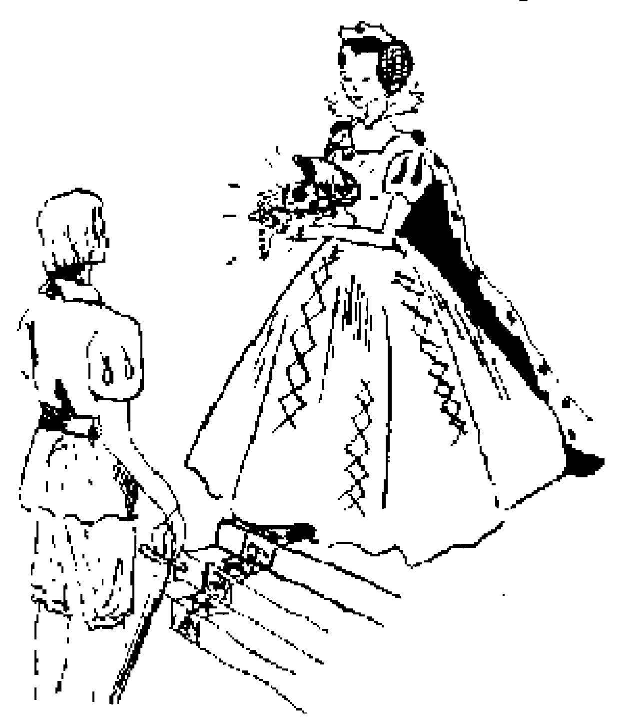
—3°. Porque cuando yo sea grande voy a hacer una Sociedad Atómica y le vuelo un cogollo a la cordillera y después recojo las piedras preciosas y listo. Estoy bien feliz de nacer chileno.

EL DESCUBRIMIENTO

III

RESULTA QUE HACE como quinientos años vivía un señor que se llamaba Cristóbal Colón. Yo había oído hablar muchas veces del huevo de Colón. Así que lo conocía de nombre. Porque una vez Colón le dijo a sus amigos que sujetaran un huevo parado. El huevo se caía y se caía. Llegó Colón y le dio un golpecito al pararlo. La cáscara del huevo se trizó y el huevo se paró. Fuera de esta idea el señor Colón tenía otras.

Por ejemplo, se le había metido en la cabeza que la tierra era redonda.



Todos creían que era plana. Pero él decía: ¿Por qué cuando uno mira un buque en el mar lo ve desaparecer poco a poco como si se fuera hundiendo?

La gente se reía de él. Colón era portugués pero como nadie lo tomaba en cuenta en Portugal, se fue a España que está al lado.

Entonces llegó un buen día donde la Reina de España Isabel la Católica. Le contó su idea y la Reina se quedó pensando.

En ese tiempo la gente quería ir todo el tiempo a las Indias así como ahora van a Estados Unidos. Pero el viaje era terriblemente largo.

—Yo creo Majestad —le dijo Colón a la Reina de España— que he encontrado un camino más corto a las Indias.

—¿Más corto? —preguntó ella.

—Sí, Majestad.

Colón tenía su famoso huevo en el bolsillo y le había hecho a un lado un garabato para mostrar lo que era España y al otro lado otro garabato para mostrar lo que eran las Indias. Entonces le explicó que por el lado donde iban los portugueses a las Indias resultaba más largo. Y por el otro lado, el lado que él decía, llegaban más ligero.

Claro que Colón se equivocó porque el camino resultó mucho más largo por donde él decía. Pero de todos modos, si no se le mete esa idea en la cabeza tal vez todavía ni nos habrían descubierto.

La Reina no se atrevió a pedirle plata al Rey para darle a Colón. Creo que le dio miedo que él le dijera: "Déjate de tonterías". Por eso ella prefirió regalarle sus joyas para que él las vendiera. Y le entregó todos sus collares, sus anillos, sus brillantes y pulseras. Y Colón las vendió al tiro y mandó hacer tres grandes carabelas.

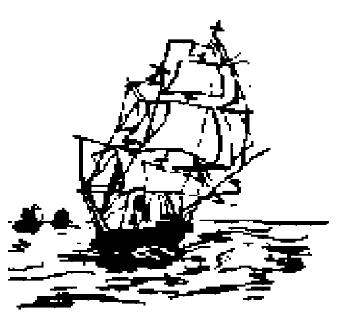
IV

Yo me imagino lo feliz que estaría Colón con esas carabelas. Es como si a mí me regalaran tres motos. ¡Qué pena que ahora no haya Reinas de ésas!

Parece que se demoraron mucho tiempo en hacer las famosas carabelas.

Cuando por fin estuvieron listas las bautizó: la Santa María, la Pinta y la Niña. Yo sé por qué.

Entonces Colón las llenó de cosas de comer y agua para tomar. Porque en ese tiempo no había Coca-Cola. Y contrató a la gente que quería correr con él esa aventura. Era una gran aventura salir al mar navegando para el otro lado del que navegaban todos los barcos. Había el peligro de salirse de la tierra si resultaba que no era redonda como decía Colón.



Y un buen día se embarcaron. Todos los parientes fueron a despedir a la gente al puerto de Palos. Ellos izaron las velas cantando. Cuando sopló el viento las hinchó como si fueran tambores. Las carabelas partieron como enormes castillos navegando despacito, y los que las miraban las vieron perderse de vista poco a poco.

Eso fue el 3 de agosto de 1492 ya mí no se me olvida porque el 3 de agosto se me cayó el primer diente y también porque 1492 es el único número de que me acuerdo.

V

Y DIGO QUE LA SRTA. CARMEN me tiene mala barra porque siempre le da con preguntarme.

—Papelucho, ¿cuánto tiempo navegó Colón sin divisar tierra?

—Mucho tiempo —dije porque ya sabía que las carabelas no tenían motores y que cuando no soplaba viento la cosa era a puro remo.

—¿Cuánto crees tú? ¿Diez años, dos meses o una semana?

Yo ya sé que ella siempre dice lo que hay que contestar entre medio y trata de confundirlo a uno. Pero a mí no.

—Dos meses —dije.

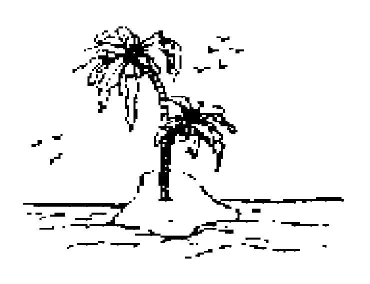
—Muy bien, Papelucho. ¿Y estarían contentos los tripulantes navegando dos meses sin ver tierra?

—Todo lo contrario —le dije, porque yo ya sé lo que son dos meses. Cuando me quebré la pierna estuve dos meses sin chutear. Y estar dos meses haciendo la misma cosa, aunque sea tomando helados, es tremendo.

—¿Qué sucedió entonces? —preguntó.

—Lo que tenía que suceder —dije yo.

—Muy bien, Papelucho. Como tú dices, la tripulación se puso rabiosa porque creía que Colón los había engañado. También estaban cansados de comer pura carne salada y frutas secas. Los remeros rezongaban y Colón vio que se podían sublevar. ¿Qué pasaría entonces?



—Motín a bordo —dije yo. No se me olvida nunca lo que me gusta el motín a bordo en los cuentos de piratas. Me habría gustado que Colón fuera pirata.

—Muy bien, Papelucho. Si la tripulación hacia motín a bordo matarían a Colón y la gran aventura no habría resultado. A Colón no le quedaba más remedio que pedirle ayuda a Dios o morirían todos en alta mar. ¿Qué hizo entonces?

—Rezó —dije yo. Porque para pedirle ayuda a Dios hay que rezar, creo yo.

—Se encerró en su camarote y se arrodilló al pie de su litera. ¿Qué pasó entonces?

—Se quedó dormido —dije porque cuando yo rezo mucho a veces me pasa eso.

—Y despertó con unos gritos que al principio él no comprendía. Tal vez creyó que había estallado el motín a bordo. Golpeaban furiosamente en su

puerta. Colón se levantó a abrir sin saber si lo iban a matar. Los marineros tenían la cara rara y gritaban todos a un tiempo. ¿Qué gritaban?

—¡Tierra, Capitán! —dijo Gómez que hacía de marinero en la comedia que representaron el otro día. Era el descubrimiento de América, y lo único que tenía que decir Gómez en toda la comedia era eso.

—¡Qué lástima! —dije yo.

—¿Lástima de qué?

—Lástima de que Colón rezara tanto. Habría sido mejor el motín a bordo.

—No digas tonterías, Papelucho. ¿Por qué decían "Tierra, Capitán"?

Yo no contesté. ¿Hasta cuándo me preguntaban a mí?

—Papelucho...

—Presente.

—Te estaba preguntando. ¿Por qué no contestas?

—Porque estoy ocupado —dije.

—Ya sé lo que te pasa. Estás distraído otra vez. Pon atención y trata de comprender.

—Tengo un poco de hipo —le dije.

—Bueno. Voy a explicarles bien, pero pongan mucha atención. Cuando Colón salió del camarote, estaba amaneciendo. Los marineros parecían locos de alboroto y gritaban.

—¡Tierra, Capitán! —chilló Gómez otra vez.

"Había un pájaro en el mástil, Capitán", dijo uno. "Lo hemos visto y esa es seña de que estamos cerca de tierra." Colón se persignó y dio gracias a Dios. Enfocó el catalejo y miró al mar. Por fin se divisaban unas manchas oscuras. Todos querían verlas y pedían el catalejo. Gritaban.

—¡Tierra, Capitán! —dijo Gómez.

Se apiñaban en la proa de la carabela. Les parecía estar soñando. Después de tanto tiempo ver...

—¡Tierra, Capitán! —Gómez otra vez.

Ver árboles, cosas verdes. Los remeros bogaban con furia y al poco rato las tres carabelas atracaron en la playa. Estaban seguros de haber llegado a las Indias. Pero esa playa parecía solitaria. No había hombres ni casas. Puros pájaros y tal vez animales. ¿Qué hicieron entonces Colón y sus hombres?

—Saltaron a tierra —dije yo.

—Demos gracias a Dios —dijo Colón y clavó una cruz en la arena.

Todos se arrodillaron a rezar. Colón, creyendo que era una isla desconocida de las Indias, la llamó San Salvador.

—Era un poco despistado Colón —dije.

—¿Por qué dices eso? —la Srta. Carmen me miró con ojos redondos.

—Porque creía que América era las Indias...

—Es cierto. El no supo que había descubierto América. Dime ahora, Papelucho, ¿qué sucedió cuando estuvieron en tierra los españoles?

—Bueno, supongo que se bañarían en el mar, y estirarían las piernas chuteando cocos... Supongo que comerían frutas y también se revolcarían en



la arena.

—Bien. ¿Qué día fue todo eso?

Nadie contestó.

—Fue el doce de octubre —dijo la Srta. Carmen— el día de la raza que es día de fiesta en toda América.

—Yo creo que debería ser día de fiesta para España no más —dije yo—. Porque yo encuentro que para los indios de América fue un día completamente fatal. Yo creo que es terrible ser descubierto. Si no hubiera llegado Colón, los indios serían completamente felices, con flechas, plumas y

todo.

—¿Tú preferirías que no fuera día de fiesta?

—Bueno, entre celebrarlo y no celebrarlo, más vale celebrarlo... Pero, debía ser una fiesta de indios. Me gustaría ser Presidente para obligar a todo el mundo a ser indio ese día...

VI

CUANDO SALIMOS DE CLASE yo le dije a Gómez:

—¡Tierra, Capitán! —y él se picó y me dio una cachetada.

—Tú te crees Colón —me dijo, pero se quedó sobrando, porque yo le hice un quite a la cachetada y se pegó a toda fuerza contra el pilar donde yo estaba afirmado.

—¡No me dolió! —dijo soplándose la mano—. Y para que veas que Colón no descubrió la América porque creyó que había llegado a las Indias...

—Pero la descubrió de todos modos.

—Puro carril —dijo metiéndose la mano al bolsillo.

—En todo caso la tierra era redonda como él decía. Y él descubrió eso. Claro que habría sido mejor que no nos descubriera. Me carga ser descubierto. Pero como no era su intención descubrirla... Si yo fuera él no me habría vuelto a España.

—Yo sí. Alguien tenía que contarle a la Reina y sacarle pica a los que no creían que la tierra era redonda —dijo Gómez.

—Pero si él se queda aquí todo el mundo habría creído que se había muerto. Colón habría sido el descubridor de América, pero sin molestar a los Indios —pensé fuerte.

—Fue un tonto. Primero porque descubrió América sin querer y segundo porque tampoco se dio cuenta que la había descubierto.

—Cuando uno hace un descubrimiento lo importante es que lo haga y no que la gente sepa quién lo hizo —alegué.

—Pero se necesita ser bien despistado para venir a América y creer que uno ha ido a las Indias —dijo Gómez.

—Yo no encuentro. A mí no me importa que me alaben.

—Para que veas fue un Américo el que descubrió la América —Gómez seguía sacándome pica.

—Ese fue el que se dio cuenta que Colón la había descubierto. Y a los tontos les dio por decir "las tierras de Américo" y por eso quedó con ese nombre —le expliqué al muy tarado.

—¿Tú crees que debía llamarse Colona?

—A Colón y a mí no nos importa cómo se llame. La cuestión es que él la descubrió —le contesté.

—¿Ves cómo tú te crees Colón?

—Y tú te crees Popeye —y ya iba a sacar Gómez su puñete cuando se acordó que le dolía la mano y también sonó la campana de clase.

LA CONQUISTA

VII

DE TANTO Y TANTO pensar en los indios, por fin conseguí ser un indio de verdad, y mientras duermo soy un araucano.

Porque sueño todas las noches en indio y mi vida de indio es mejor que la otra.

En la mañana me levanto de un brinco, y eso es todo.

Entonces la mamá me da los buenos días muy humilde y cariñosa y me entrega una gran paila de cobre llena de frutas. Ese es mi desayuno y yo como lo que quiero y me chorreo y no importa nada.

Porque los indios no tienen obligación de lavarse los dientes ni bañarse, ni andar limpios ni cambiar camisa.



Uno tiene su taparrabo para el día y la noche. Tampoco se va al colegio ni hace tareas. La madre india no tiene la manía de la educación, sino que le da a uno la comida y lo deja en paz. No hay que pedir permiso para nada. Uno se manda sólito y lo único que tiene que aprender es a disparar bien la honda, a nadar en el río y a criar fuerzas levantando piedras para hacerse bien hombre.

Los indios no se enferman nunca. Puramente se mueren.

Nunca me retan porque se quebró un vidrio. En nuestra ruca no hay vidrios y las mamas no se preocupan de encerar porque el suelo es de pura tierra. Los techos son de totora, con arañitas, cucarachas, lagartijos y nidos de golondrinas. No hay un solo closet ni mueble que cuidar. Y mi mamá india nunca está nerviosa porque ella no tiene enchufes ni plancha eléctrica.

Tampoco hay goteras en los baños porque no hay baños. No sube ninguna cuenta, ni menos la de la luz porque la cocina, el alumbrado y la calefacción son una misma cosa. Y esa cosa es una gran fogata en el medio de la ruca, y ahí en el suelo, bien cerquita de ella cuando hace frío, comemos todos y después nos dormimos. Nada de reloj ni de horas. La hora de acostarse es cuando baja sueño y la de levantarse cuando se acaba.

Soy muy feliz siendo hijo de indios araucanos. Mi padre es Toqui y es el que manda la tribu y la mamá es su esposa y yo soy el hijo único.

Ellos también viven muy felices conmigo y se pasan las tardes sentados en el suelo comiendo piñones.

VIII

AUNQUE ENTRE NOSOTROS los indios no hay domingos y todos los días son como domingos, eso no quiere decir que sean iguales. Son bastante distintos.

A veces salimos a cazar con el Toqui y nos internamos en la selva. El lleva las macanas y yo las flechas.

De repente aparece un puma detrás de una araucaria.

Es precioso, blando y regalón como un gato grande, pero es feroz y nos muestra sus dientes filudos. Yo le hago la puntería antes que salte encima de nosotros. La flecha sale disparada y cae el puma al suelo.

Al verlo caer, de no sé dónde aparece otra cantidad de pumas que nos miran furiosos con sus ojos de gato y sus hocicos hambrientos. Yo disparo y disparo y van cayendo al suelo o echan a correr. A veces me aburro de cazar.

Entonces el papá, que es como un rey, porque es Toqui, me hace una reverencia y me convida a pescar. Yo saco los anzuelos que son hechos de hueso y están colgados del techo de la ruca, tomo mi honda y lo sigo. Los dos nos metemos en una canoa chica, del porte de una artesa, le ponemos una vela de cuero, la empujamos de la orilla, y partimos río abajo.

Asoman por todos lados los peces más antidiluvianos y más preciosos y encachados y se esconden. Pero el papá es un Toqui capo y no pierde un lance. Al poco rato el río queda limpiecito sin pescados y entonces los dos nos tiramos de cabecita al agua y nadamos para refrescarnos. Nos metemos bajo el agua y sacamos pepitas de oro para llevarle a la mamá que es tan buena y que tiene colección.

Mientras se nos seca el taparrabos hacemos un caldillo bien sabroso, lo comemos al sol y después partimos a cazar llamas, guanacos y alpacas y tal vez águilas.

Cuando el papá caza una llama yo ya he cazado cien guanacos y se los llevo a la mamá para que haga abrigos de piel para el invierno. Ella con las otras indias descubre hacer lana y tejer chales y mantas. Como la mamá no es vanidosa les regala a las demás indias esa lana y todas tejen, porque no todas las indias tienen hijos con buena puntería.

En la noche comemos guanaco asado en fuente de greda y con harto jugo.

Después de comida el papá nos cuenta cuentos y nos quedamos dormidos ahí mismo.

IX

UN DÍA ANDÁBAMOS con el Toqui y toda la tribu, buscando algo nuevo para llevarle a la mamá para la comida, cuando de repente sentimos un crujido de hojas y un silbido. . .

El Toqui puso atención, y como no se oyó nada, seguimos caminando por la selva.

—Papelucho, ¿sabes algo de los indios?

—Ya lo creo —le contesté yo pensando en que yo soy indio todas las noches porque sueño en indio y soñar es igual que vivir. Si uno está despierto de ocho a ocho y duerme y sueña de ocho a las otras ocho vive tanto en sueño como al revés.

—Háblame de los Quichuas —me dijo.

Yo me quedé callado porque en realidad yo soy mapuche o araucano en sueños, pero a los Quichuas no los conozco ni de vista.

—¡Papelucho!

—Presente —dije.

—Te he dicho que me hables de los Quichuas —repitió.

—No puedo, señorita.

—¿Por qué no puedes?

—Porque no me gusta pelar a nadie —dije por decir algo.

—No es necesario pelarlos. Eran indios del Perú como los Araucanos son indios de Chile y aunque invadieron a Chile no por eso vas a hablar mal de ellos.

—Me cargan —dije, porque ahora me cargaban.

—Papelucho, los Quichuas eran de gran cultura —dijo ella.

—Bonita su cultura —dije yo.

—Tú no sabes nada, Papelucho.

—¿Cómo que no sé nada? —Me acaloré un poco porque me había ido

bien hasta ese momento.

—Háblame de su cultura, entonces.

Pensé un ratito. ¿Qué podría decir? Más me valía hablar de su incultura.

—Los Quichuas eran peruanos ¿no? Y Ud. llama cultura que se metieran a Chile —La Srta. Carmen no es muy patriota, creo.

—Los Quichuas le enseñaron a los Araucanos a trabajar en greda y otras artes.

—¿Cómo sabe? Yo creo que fue al revés. Están descubriendo aquí cosas súper choras de antidiluvianas hechas por araucanos. . .

La Srta. Carmen se sonrió.

—Tal vez tengas razón —dijo—. En realidad el Padre Lepaige está desenterrando en el norte verdaderos tesoros de arte araucano para el Museo...

—¿Ve como fueron los araucanos los que aprendieron solos a trabajar en greda?

No es que yo sea un capo, pero tengo mis tincas. . .

—Eso no quita que los Quichuas fueran de gran cultura —dijo la Srta. Carmen. Es porfiada.

XI

DESPUÉS DE TODO hace falta la radio para saber noticias.

Nosotros los indios vivíamos tan felices matando pumas y pájaros.

Las guerras entre indios eran como partidos de fútbol. A veces ganaban unos, a veces otros.

Pero un día, vemos venir de repente, un ejército inmenso de españoles.

Claro que no sabíamos que eran españoles, ni siquiera si eran hombres o marcianos. Venían montados a caballo y nosotros ni conocíamos los caballos y además en vez de tener taparrabos traían unas tremendas armaduras de acero que brillaban al sol. Hay que ser indio para darse cuenta... Es como si ahora nos invadieran los marcianos.

Nosotros los indios no conocemos el miedo, pero sentimos algo muy raro cuando los vimos acercarse y se nos pararon un poco los pelos al ver los cañones y lanzas refulgentes.

No sabíamos qué eran ni a qué venían.

Pero se veía que con esos cuerpos de acero no era fácil meterles flecha. Y nuestra carne desnuda se engranujaba un poco al verse tan pilucha. Por

eso nos pusimos más atrevidos.

Yo miré al Toqui y vi que su cuerpo se ponía duro como un bronce.

-¡Toca a guerra! -me dijo sin mover los labios y pareció agrandarse. Yo salí corriendo con la flecha ensangrentada y recorrí el valle como un relámpago. En un momento estaban todos alrededor del Toqui y disparaban contra los invasores.

Silbaban las flechas y las piedras y había una tremenda polvareda.

Pero resultaba difícil botarlos del caballo porque las flechas daban bote en sus armaduras. Entonces le tiramos a los caballos y los vimos caer y revolcarse.

Había muchos indios heridos y otros muertos, pero no nos acobardamos y seguimos peleando hasta que cayó la noche y los españoles se fueron.

Cuando por fin nos sentamos al lado de la fogata en nuestra ruca, yo le



pregunté al Toqui:

-¿Quién era el capitán chico y tuerto que los mandaba a todos?

-Es Diego de Almagro -me contestó-. Viene desde el Perú. Busca nuestro oro. Ha viajado durante meses por la cordillera.. .

-¿Tenemos mucho oro nosotros? -pregunté.

-Mucho -contestó mirando el fuego-, pero está muy guardado. El que quiera tenerlo habrá de transpirar para mover las capas de roca que lo esconden.

A mí no se me olvida nunca esta frase del Toqui, aunque la dijo hace tantos años. Porque esto pasó el año 1536 y yo me acuerdo de ese año porque es el mismo número que hay en la puerta de mi casa.

XII

AUNQUE LOS ESPAÑOLES se habían ido, nuestra tribu hizo guardia toda la noche. Estaban cansados después de la pelea y se habrían echado al suelo de buena gana a dormir. Pero eran bravos soldados y no querían despertar con otro asalto de los españoles.

Por eso miraban a la luna, le cantaban y le bailaban cuando les daba frío.

Al otro día, cuando estábamos tomando el desayuno, llegó un indio corriendo a decirle al Toqui que divisaba a tres de los enemigos acercándose.

Salimos el Toqui y yo, y detrás algunos indios. Otros corrieron a despertar a los dormidos. Tal vez venían de nuevo a matarnos. . .

Yo apuntaba mi flecha y los demás sus hondas con grandes piedras picudas.

Eran tres españoles a caballo, armados hasta los dientes, vestidos de



plata, con lanzas y esos caballos que parecían pegados a sus cuerpos. Nos daba espanto verlos.

Los dejamos acercarse sin dispararles. El Toqui decía que contra tres no era valiente pelear...

Cuando estuvieron cerca, hicieron un saludo con su mano enguantada y uno de ellos se acercó al Toqui y le habló en araucano. Lo hablaba pésimo, pero se le entendía. Dijo:

—Queremos parlamentar.

Yo no sabía lo que era parlamentar, pero se me bajaron los pelos que se me habían parado en la cabeza.

Me acerqué un poco, porque quería oler esos animales que me parecían tan lindos y lustrosos. Cuando el Toqui no miraba, toqué a uno de ellos y le tiritó el cuero. Olía bien.

Estaba tan cerca, que reconocí al tuerto que mandaba el asalto el día antes, y pensé: Este es don Diego de Almagro, el que viene desde el Perú, la tierra de los Quichuas...

El otro español le hablaba en araucano a mi padre.

El Toqui le contestaba en ídem y el español hablaba entonces en español, que nosotros no entendíamos. Don Diego decía algo en ídem y el español volvía a hablar en araucano. Yo le pregunté a mi madre:

—¿Qué pasa?

—Están parlamentando —dijo ella—. Ese señor es un intérprete, que es como un puente entre el Toqui y los españoles. Lo que ellos dicen en español, lo habla en araucano ese soldado y lo que dice el Toqui lo dice él en español.

—¿Y eso es parlamentar? —le pregunté.

—Parlamentar es hablar en vez de pelear —me explicó ella—. Ahora no habrá guerra porque los españoles quieren oro y el Toqui ya les ha dicho que no hay. Ellos no tienen ningún interés en matarnos...

Seguí comiendo y oyendo. Entonces el Toqui los invitó a desayunarse y se sacaron sus cascos de acero y con harto apetito se comieron las frutas.

Cuando se fueron, el papá dijo que se volvían al Perú.

Después supe que el señor Diego de Almagro se había peleado con otro español en el Perú y éste lo hizo matar.

De todos modos, el señor Diego de Almagro chico y tuerto y todo, fue el primer español que vino a Chile.

XIII

PERO DESDE ESE DÍA, nosotros los indios ya no quedamos tan tranquilos y felices como antes. Siempre estábamos pensando que podía llegar otro ejército y atacar nuestro pecho desnudo. Por eso nos hicimos unas pecheras de cuero de llama, pero no las usábamos porque nos molestaban. No se podía correr y saltar como lo hacíamos con el puro taparrabos.

Y tal como pensábamos, llegó un buen día el conquistador don Pedro de Valdivia. En ese tiempo un conquistador no era un pituco; era un guerrero. Este don Pedro de Valdivia es bastante conocido porque tiene una avenida en Santiago y también tiene micro. Ojalá todos los hombres famosos tuvieran su avenida y su micro, porque sería mucho más fácil aprender historia.

Don Pedro de Valdivia venía desde España con su flamante armadura y con un pelotón de ciento cincuenta soldados españoles bien armados. En el Perú había conquistado mil indios que traía él como su tropa. Y aunque allá era millonario, dejó todas sus riquezas por venir a conocer Chile. Quería

hacer ciudades y correr aventuras. No le interesaba ser rico, sino conocer y hacer cosas choras y lindas.

Nosotros los indios de Chile estábamos tan desparramados que don Pedro con su ejército ganaba fácilmente la pelea.

Un buen día llegó a las orillas del río Mapocho y como hacía mucho calor, se sacó su armadura y se bañó.

En ese tiempo el Mapocho era un río como todos los ríos de campo, sin orillas y con agüita clara.

Al zambullirse don Pedro en el agua, oyó una voz que le decía: "En este valle precioso nacerán hombres famosos".

Don Pedro se rascó la cabeza y miró para todos lados, pero no vio a nadie cerca. Entonces zambulló de nuevo su cabeza en el agua y por segunda vez oyó la voz que decía: "En este valle precioso nacerán hombres famosos." Y por tercera vez metió la cabeza al agua y oyó lo mismo.

No se atrevió a contar lo que había oído, sino que muy pensativo, subió



al cerrito de Huelen y se sentó en un peñasco a pensar, mientras se secaba al sol.

Y mientras pensaba, un rayito de sol se le metió en un ojo y lo deslumbró. Y como él se restregó ese ojo, ese rayo se le metió al cerebro. Era una idea.

—Aquí debo hacer una ciudad —dijo la Idea—. Una gran ciudad...

Desde ese día don Pedro empezó a trabajar y el 12 de febrero fundó abajito del cerro y a la orilla del Mapocho, la ciudad de Santiago. Y la llamó Santiago porque era un Santo patrono de España, Al cerrito Huelen lo llamó Santa Lucía porque yo creo que tenía una polola que se llamaba así.

Con su pelotón de soldados y los mil indios hizo hartas casitas de madera y dejó al medio una plaza, que es todavía la Plaza de Armas.

XIV

COMO TODO LE HABÍA SALIDO tan fácil, decidió hacer más ciudades en todas las partes lindas de Chile y partió con su tropa.

Los indios mirábamos estas casitas de madera y esta ciudad de Santiago con su gente nueva y que nos trataba con desprecio y nos sacaba mucha pica.

Una noche, en la ruca del cacique Michimalongo estábamos conversando, cuando de repente el Cacique, que era muy callado, hizo una gran carraspera y dijo:

"¿Por qué hemos de dejar a los españoles como dueños de nuestras tierras? ¿Por qué no las defendemos? Nos hemos dejado conquistar como unos cobardes. Somos una colonia de España y ya no somos libres."

—¡Echemos a los conquistadores! —dijeron los que estaban ahí, poniéndose de pie.

—¡Vamos a la pelea! —gritaban otros saltando de gusto.

En un momento estaban todos listos con sus armas.

Calladitos salieron de sus rucas y se encaminaron a la nueva ciudad que no estaba muy lejos. Los españoles dormían en sus llamantes casitas...

Como una tempestad cayeron los indios sobre Santiago.

Salieron de sus casas los santiaguinos y se refugiaron en la Plaza. Una lluvia de flechas los perseguía. Se atrincheraron en medio y formaron barricadas en las calles con estacas y ramas. Desde allí disparaban contra nosotros.

Para asustar a los indios los santiaguinos degollaron a siete caciques y tiraron sus cabezas por encima de las trincheras.

Esto nos enfureció más todavía, y la batalla se volvió tremenda.

Entonces los santiaguinos montaron a caballo y se lanzaron sobre los indios como un rodado de rocas.

Arrollados por los caballos, tuvimos que arrancar...

Pero antes de eso, le habíamos prendido fuego a las casas de madera y la ciudad ardía como una inmensa fogata.

XV

CUANDO VOLVIÓ VALDIVIA del sur y se encontró con la ciudad quemada, la hizo construir de nuevo. Para que no pudieran quemarla hizo las casas con murallas de adobe, que es puro barro y les puso techos de teja. Hay muchas de esas casitas, todavía en Santiago.

—Todo ha sido para mejor —dijo Valdivia—. Ahora los indios no se atreverán a asaltarnos después de esta derrota.

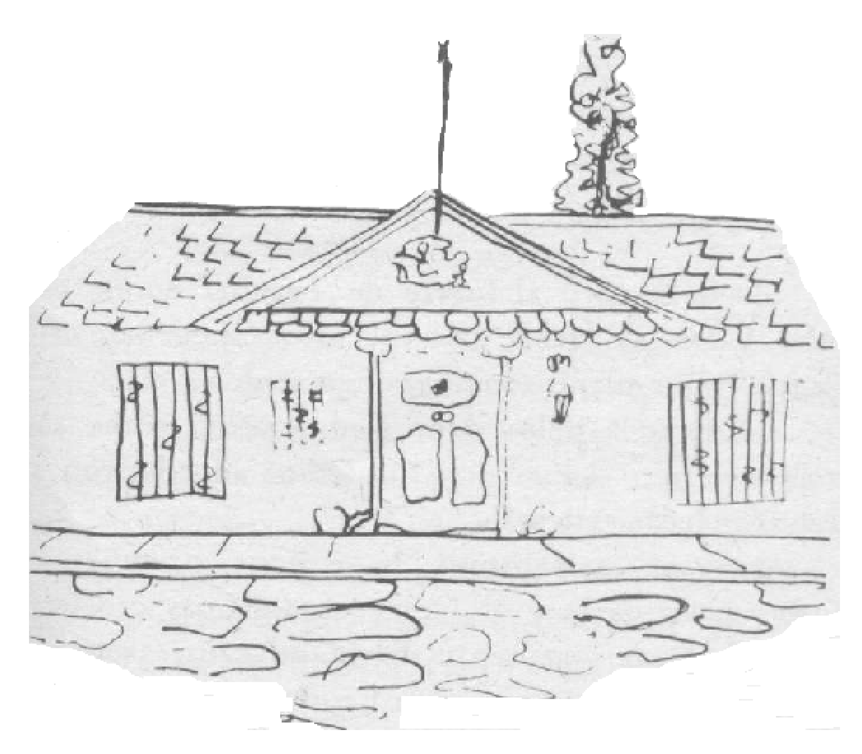
Y muy tranquilo y feliz partió de nuevo a fundar más ciudades. Nunca se imaginó lo que iba a pasar. Iba montado a caballo y su tropa también

porque como no había autos ni trenes, era el único modo de viajar.

Nosotros todavía les teníamos miedo a los hombres a caballo.

No podíamos convencernos de lo que eran. Nos parecían unas cuestiones invencibles.

Pero un indio joven y valiente que se llamaba Lautaro, nos dijo:



—Yo he sido caballerizo de Pedro de Valdivia. Eso quiere decir que cuidaba sus caballos. Sus caballos son animales muy nobles y no hay que tenerles miedo. Mueren más fácilmente que los pumas. Los españoles montan en sus caballos para correr en las batallas, pero también mueren. Igual que nosotros los indios. Si ustedes me siguen, podemos derrotar a Valdivia.

Como un trueno salió un grito del pecho de los indios: "¡Lautaro Toqui!" y con eso quedó elegido.

Al día siguiente partió Lautaro seguido de nosotros.

Era un gran guerrero y había pensado muy bien la manera de vencer a los españoles. Los atacaría por todos lados y tantas veces que los cansaría.

Llegó Lautaro al fuerte de Tucapel donde estaba Valdivia. Había con él sólo cincuenta soldados y unos cuantos indios conquistados.

Se armó la pelea. Don Pedro peleó como un valiente, pero Lautaro y sus indios lo atacaron y atacaron hasta vencerlo.

Mientras peleábamos le íbamos prendiendo fuego a las casas y al fuerte. Las llamas crecían, como lenguas gigantes y daban un calor tremendo

lanzando chispas y palos ardiendo.

Y los españoles tuvieron que entregarse. Lautaro tomó preso a Valdivia.

—Si me dejas en libertad —dijo don Pedro—, me voy de tus tierras con mis soldados y te regalo mil ovejas.

Pero Lautaro no quiso.

Dicen algunos que como contestación a esto el indio Leocatán mató a Valdivia de un macanazo.

Esa noche tuvimos una fiesta estupenda. En vez de fogata teníamos el fuerte y la ciudad entera ardiendo. Bailamos y saltamos y comimos asado a la fortaleza que es mucho más rico que el asado al palo.

XVI

DESPUÉS DE ESO los indios le dijimos a Lautaro que asaltáramos más ciudades, todas las que edificaba Valdivia, para echar a los españoles de una vez.

Lautaro se entusiasmó y partimos en los mismos caballos de los españoles. Nada de montura ni patillas. Montábamos en pelo y los caballos corrían mucho mejor con los araucanos en taparrabos que con los españoles armados y sus pesadas monturas.

Era una avalancha terrible el ejército de Lautaro con sus flechas, sus caballos, sus macanas y sus teas encendidas. Por donde pasábamos quedaba el fuego ardiendo como inmensa hoguera y todos tenían que arrancar.

Ahora era Lautaro el conquistador.

Lo aclamamos y partimos como un chifle.

Adelante Lautaro en su caballo blanco, con su pelo largo al viento y su lanza de madera con punta de hueso. Detrás de él seiscientos indios gritando a los caballos para darles ánimos. Era una polvareda espantosa la que dejaban atrás porque los caminos eran de pura tierra.

Corrían a Santiago, pero ahí fue lo malo.

Los españoles estaban preparados y nos esperaban con cañones y rifles.

Lautaro creía que lo ayudarían los indios Picunches, pero los muy cobardes se habían pasado a los españoles.

Yo encuentro que es un gran insulto decirle a un gallo "¡Picunche!" Yo no aguantaría si me lo dijeran a mí.

Si los Picunches hubieran ayudado a Lautaro, a lo mejor toda la historia de Chile habría sido distinta.

Lautaro se fue a Peteroa y ahí se puso a descansar. Los españoles

aprovecharon que Lautaro descansaba y de sorpresa se dejaron caer con sus cañones, rifles, etc. ¡Nos vencieron!

Al Toqui Lautaro le cortaron la cabeza y para asustarnos la ensartaron en una picota.

¡Nunca entendían los españoles que a los araucanos no nos da miedo morir!

XVII

CAUPOLICÁN era el Toqui Supremo.

Todos lo conocemos, por su estatua, y por su Teatro con Águilas Humanas y a veces con patinadores en hielo.

Al lado de Caupolicán peleaba el Cacique Galvarino que era un indio muy encachado. Bravo, huesudo, con ojos de cóndor y más fuerza que un toro.

Pero a pesar de todo, un buen día lo dejaron preso en una de las peleas con los españoles. Y ese Jefe dio orden que le cortaran las manos.

Galvarino estiró un brazo y se dejó cortar la mano sin pestañear. Luego estiró el otro y no dijo ni pío...

Cuando se vio sin manos, le gritó a los españoles: "Todavía me quedan fuerzas para pelear contra ustedes. ¡Cortad esta garganta que tiene sed de vuestra sangre!"

Pero los españoles prefirieron dejarlo vivo para que los demás indios vieran lo que les podía pasar.

Galvarino esperaba...

Vio que entre los españoles había un Picunche que cumplía sus órdenes. Enrabiado del dolor se tiró encima para matarlo. Lo golpeaba con sus brazos sin manos y si no se lo quitan lo habría muerto ahí mismo.

—¡Os arrepentiréis de no haberme quitado la vida! —le gritó a los españoles.

Y cumplió su palabra porque era el más feroz en el combate.

Por fin los españoles lo tomaron preso de nuevo y entonces lo ahorcaron.

XVIII

CAUPOLICÁN nos dijo un día:

—¡Asaltaremos Cañete y luego una a una las ciudades que ocupan los españoles!

—¡Bravo! —gritaron los indios—. ¡Viva Caupolicán! Prendamos fuego a

todas las ciudades. ¡Fuego a Cañete!

Pero Caupolicán quería ir a las seguras y sorprender a los españoles antes que sacaran sus cañones.

Llamó a un indio de los que tenían los españoles y le preguntó:

—¿Duermen siesta los soldados de España?

—Sí —le contestó éste—. Duermen todos los días después de haber almorzado.

Caupolicán le creyó.

Pero era un indio traidor. Fue donde el capitán español y le contó todo.

Caupolicán sin sospecharlo preparó el asalto para esa hora y entró en Cañete con su ejército.

Pero apenas habíamos entrado los araucanos, se cerraron las puertas de la ciudad, y los españoles que estaban escondidos esperando este asalto nos cayeron encima. Se armó la grande. Fue una carnicería terrible. En la batalla araucanos y españoles murieron por montones.

Nos vencieron y Caupolicán fue tomado preso.

Le amarraron las manos con pesadas cadenas.

Caupolicán era un gran valiente y en su orgullo de indio sufría terriblemente al verse derrotado y prisionero de los españoles.

Cuando terminó la batalla, la mujer de Caupolicán que se llamaba Fresia, quiso ir a verlo con su hijo.

El Toqui Supremo, amarrado con cadenas, la miró con sus ojos llenos de lágrimas por primera vez. El sabía que iba a morir y que su hijo no lo vería más.

Fresia era brava como india que era y esposa de un valiente.

—¿No prometiste vencer a los españoles? ¿No sabes morir en el combate como un valiente? ¡Me avergüenzo de verte prisionero y no quiero ser madre de tu hijo! —y diciendo esto lanzó a su niño a los pies de Caupolicán.

Cuando ella se marchó, los españoles recogieron al niño. Pero temiendo que Caupolicán tomara otra vez el mando de los indios, resolvieron matarlo. Fueron muy crueles.

Lo sentaron sobre un palo puntudo, y como Caupolicán era macizo y pesado, este palo le fue traspasando las entrañas hasta matarlo. Pero mientras esto sucedía, Caupolicán, como su estatua de bronce que hay en el cerro Huelen, (quiero decir Santa Lucía) ni siquiera pestañeó.

El teatro Caupolicán, es para recordar el nombre de este valiente indio araucano, pero no hay una gran avenida ni hay micro. Tampoco hay teatro ni avenida ni micro que le acuerde a uno de Galvarino ni de Lautaro. Yo creo

que sería muy justo que hicieran una gran plaza Galvarino y algún estadio que se llamara Lautaro. También yo les pondría micro y así a cada rato nos acordaríamos de ellos.

SEGUNDA PARTE

LA COLONIA

XIX

EN REALIDAD esto de la Colonia, no tiene nada que ver con el Agua Colonia.

Es el tiempo en que Chile era colonia de España, lo que quiere decir que era como su fundo, y aquí en Chile mandaban los españoles y a estos españoles los mandaba el Rey de España.

En ese tiempo casi toda América era colonia de España, porque como la descubrió Colón con carabelas españolas y gente ídem, ellos venían a América y se conquistaban a un país, y ¡listo! Era de ellos.

Claro que les costó harto trabajo vencer a los indios. A cada rato se les sublevaban y había que volver a pelear hasta derrotarlos. Pero los españoles teníán armas de fuego, y los pobres indios puras flechas.

España mandaba a Chile grandes buques con familias enteras de españoles para que vivieran aquí, criaran hijos y después de unos años todos fueran españoles de la colonia de Chile. A esas familias el Rey de España les daba tierras y fundos, para tenerlos contentos, minas y todo lo que descubrieran. Ellos construían sus casas, trabajaban sus tierras, explotaban sus minas y se hacían ricos.

Pero seguían siendo españoles.

Yo encuentro que el tiempo de la colonia es el más aburrido.

Los pobres indios, acorralados en sus rucas, no podían hacer nada con tantos españoles por todos lados.

Yo me alegro de no haber nacido en tiempo de la colonia porque no había teatros, ni partidos, ni estadios, ni radios, ni motos y ni siquiera había choques.

¡Caramba! Yo pienso, ¿qué harían los cabros en ese tiempo?

Puro encumbrar volantines y nada más.

Ni siquiera había fogatas para calentarse sino que puros braseros. Y creo que los chiquillos usaban cuellito de encaje y rulitos largos, igual que las mujeres.

Menos mal que de repente apareció el corsario Drake que era un pirata.

Era un gringo aventurero que venía dando la vuelta al mundo con cinco barcos piratas. Cuando pasó el estrecho de Magallanes, se encontró con Chile.

Resulta que Inglaterra, su patria, estaba entonces en guerra con España. Cuando este gringo supo que Chile era colonia de España, dijo:

—Aquí me las van a pagar todas los godos.

Pero se levantó una tremenda tempestad al salir del estrecho y el viento estrelló cuatro de sus naves contra las rocas.

Con la que le quedaba, "El Pelícano", llegó el corsario Drake hasta Valparaíso.

En ese tiempo Valparaíso era un puerto muy pobre, con puras casuchitas de adobe a la orilla del mar. Pero como su costa era tan linda, con las enormes rocas, su mar tan azul y los bosques de los cerros tan verdes, los españoles le habían puesto el nombre de Valparaíso.

Cuando Drake llegó a Valparaíso en "El Pelícano" ve un gran barco español cargado de oro. El pirata con todos sus hombres se adueña del barco y luego salta a tierra y roba cuanto pilla de las Bodegas Fiscales. Para que no lo persigan le prende fuego a Valparaíso y mientras tratan de apagar el incendio, Drake eleva sus anclas y arranca.

A los dos días vinieron a saber en Santiago lo que había pasado en Valparaíso. El pirata ya iba muy lejos.

Dicen que escondió sus tesoros en Guayacán, cerca de Coquimbo.

XX

COSA ENTRETENIDA que sucedió en tiempo de la Colonia fue el famoso terremoto.

Bueno, entretenido para contarlo, porque para vivirlo fue bastante tremendo.

Una noche a las diez, mientras todos dormían (¿qué otra cosa podían hacer, digo yo?) se oyó de repente un ruido subterráneo terrible. La ciudad entera se empezó a sacudir como una gran jalea.

Volaban las tejas, caían las murallas y vigas de los techos y una espantosa polvareda ahogaba a todos. El mundo se sacudía y se venía abajo. Desde el cerro Santa Lucía rodaban grandes piedras y pedazos de roca.

La gente aterrada saltó de sus camas gritando desesperadamente. Y mientras tanto el terremoto seguía y seguía.

Por fin la tierra se quedó quieta y entonces empezaron a oírse los gritos de la gente que estaba enterrada viva.

En medio de la oscuridad, los que habían salvado trataban de desenterrar a los heridos. Movían los adobes, las maderas caídas, llamaban nombres y buscaban a tientas.

Había muchos muertos.

En ese tiempo vivía la famosa Quintrala.

Era una millonaria loca, hija de un señor Lisperguer, un español.

Es famosa por lo mala que fue. Vivía como una reina y tenía la manía de hacer matar a quien se le antojaba. Como era loca, después le pedía perdón a Dios y luego volvía a cometer otro crimen. Para sentirse menos mala tenía en su casa un gran Cristo de madera.

La noche del terremoto la corona de espinas de ese Cristo resbaló de su cabeza hasta su cuello y dicen que cada vez que quieren volver a ponerla en su cabeza, vuelve a temblar.

Con este terremoto todo se hizo pedazos menos este Cristo que es el Señor de Mayo. Ahora está en la iglesia de San Agustín. Todos los años lo sacan en procesión el día 13 de mayo que es el aniversario de ese tremendo terremoto.

XXI

LO MEJOR QUE HICIERON los españoles fue enseñarnos a los indios a conocer a Cristo.

Algunos de ellos eran buenos católicos y edificaron iglesias y trajeron sacerdotes.

Entre los sacerdotes estaba el obispo Villarroel que quedó herido en el terremoto.

A pesar de estar herido se dedicó a cuidar a los enfermos, y ayudar a los moribundos.

Poco a poco otra vez hicieron casas y aunque eran todas de adobe, de un piso y con grandes murallas, había algunas bastante encachadas. Todas tenían patios, las de los más ricos los tenían de mármol y las otras de piedra de río. Todavía quedan algunas, pero pocas.

En el último patio estaban los pollos, la cocina y la caballeriza con caballos, guano y todo.

También tenían una casucha que se llamaba la "estiladora" donde goteaba el agua desde una gran piedra a una olla de greda. Esto era para que el agua se limpiara del barro que traía.

En ese tiempo inventaron las escuelas, pero por suerte había pocas.

En lugar de reloj, daban la hora cantando: "Las tres han dado y lloviendo", etc., etc., igual que la Radio.

A mí no me gusta soñar en la Colonia, pero si soñara sería por una sola noche, y para ir a alguna fiesta.

Sería una fiesta en casa del gobernador don Ambrosio O'Higgins, que era el papá de don Bernardo ídem. Era el representante del Rey de España en Chile, algo así como Presidente. Su hijo Bernardo no vivía con él.

Para esta fiesta todas las tías y otras pasaron una semana haciendo dulcecitos de pasta de almendras, niditos, palomitas, corderitos de mazapán. Y muchas tortas ricas.

Los salones estaban alumbrados con mil velas en candelabros lindos y la mesa estaba puesta con ochenta asientos.

Las señoras llevaban vestidos de crinolinas, llenos de sedas, terciopelos y encajes y unas tremendas enaguas con cintas.

Usaban corsé con barbas tan apretado que apenitas podían respirar. Y los señores vestían pantalón corto, trajes de seda, medias largas, zapatos con hebillas grandes y pelucas...

Creo que tenían como treinta guisos distintos que seguramente les



cabían bajo la crinolina.

Después de la comida que duró mucho rato, se fueron al salón a bailar polca y rigodón. Eran bailes reverenciosos y muy lentos, sin tocadiscos, sino que con una pura piaña que tocaba otra tía.

No se aburrían porque era la única fiesta de esos tiempos.

XXII

EL PRIMER OBISPO CHILENO que hubo fue don Manuel Alday.

Todos los demás personajes importantes de ese tiempo eran españoles.

Eso no quiere decir que el obispo Alday fuera indio, sino que sus padres y sus abuelos habían nacido en Chile y por eso él era de pura sangre chilena.

Era bueno y sencillo y verdadero amigo de los pobres y de los indios. Los niños lo querían tanto que lo seguían en la calle. Porque él les conversaba, jugaba con ellos y los sabia entretener.

En ese tiempo hubo una tremenda epidemia en que la gente se moría por todas partes.

El obispo Alday se dedicó a cuidar a los enfermos sin pensar en que a él se le podía pegar esa peste. Le entregó a los pobres todo lo que tenía. Era como un santo porque no se acordaba de él mismo. Y era un santo chileno de pura sangre.

Nosotros los cabros de ahora, casi todos somos bisnietos o tataranietos de estos primeros chilenos. Y en nuestra sangre hay varias gotitas de sangre india, también porque si no, no nos gustaría tanto jugar a los indios.

Es una pena que no hubiera fotógrafo en tiempos de los indios, porque a mí me gustaría tener un retrato muy grande en mi casa, tal vez de Caupolicán, de Lautaro o de Galvarino. Es rico ser tataranieto de un indio famoso y poderles decir a su papá que uno tiene sangre india y por eso es como es.

TERCERA PARTE

LA INDEPENDENCIA

XXIII

ME HABÍA APLASTADO el dedo en la puerta. Me dolía como reloj y podía contar los segundos en mi uña. Urquieta me dijo que para que doliera menos era mejor levantarlo porque así bajaba la sangre. Por eso lo levanté.

Pero la señorita Carmen, creyó que yo estaba apuntando.

—A ver, Papelucho, háblame de la Independencia...

Yo me quedé callado.

—Estoy esperando, Papelucho.

Yo bajé el dedo, pero me dolió tanto que tuve que levantarlo otra vez.

—¿Por qué no hablas?

—Porque me duele mucho el dedo —dije.

—Te he dicho que me hables de la Independencia.

—Es que no puedo. Me duele tanto el dedo que no puedo pensar más que en él. Lo tengo reventado —le dije.

Me llamó a su pupitre y me lo miró. Pero no lo vio palpitar y me mandó a sentarme con un "no es nada".



—Atiendan, por favor. La Independencia es la época de la Historia de Chile en que había una gran cantidad de chilenos. No eran ya indios ni españoles. Eran hombres nacidos en Chile y de sangre chilena. Y les molestaba que Chile dependiera de España.

—Yo no entiendo lo que es "dependiera" —dije.

—Depender de alguien es tener que obedecerle a ese alguien. Es lo contrario de ser independiente. Una persona independiente es la que se manda sola.

—¿Usted es independiente? —pregunté— Porque usted ya no tiene profesora que la mande y tampoco tendrá papá ni mamá cuando está tan vieja...

—¡Tengo veinticinco años! —dijo poniéndose colorada.

—¡Veinticinco años! ¡Un cuarto de siglo! —dije con admiración. Pero ella creía que era muy poco.

—No estamos hablando de mis años. Me interesa que comprendan lo de la Independencia. Chile estaba lleno de chilenos, pero no era independiente.

Dependía de España.

—¿Eso quiere decir que los españoles mandaban? ¿Y también castigaban a los chilenos? —pregunté.

—Claro. El Gobernador de Chile era un español, nombrado por el Rey de España y era como el Presidente. Los chilenos querían ser libres y tener un gobernador chileno, elegido por chilenos. Pero para eso era necesario luchar.

—¡Al fin! —dije yo— ¡Tengo tantas ganas que haya una guerra tremenda en la Historia de Chile! Era tan aburrida la Colonia...

—Espera un poco. Primero los chilenos se reunieron en una asamblea.

—¿Qué era asamblea?

—Una cantidad de gente reunida para conversar de algo importante. Los que se reunieron se llamaban "patriotas" y decidieron pedirle su renuncia al gobernador Carrasco que era un español muy duro. Y Carrasco renunció.

—¡Qué lástima! —dije yo— ¿Entonces no hubo guerra?

—Espera, Papelucho, más adelante verás. Cuando renunció Carrasco eligieron a un viejito chileno, don Mateo Toro y Zambrano, de ochenta años. Era el primer gobernador chileno. Pero como tenía ochenta años no podía entenderse con los jóvenes patriotas, de manera que luego eligieron los patriotas una Junta de Gobierno. Eran tres chilenos que reemplazaban al gobernador como si entre los tres fueran un Presidente (Carrera, O'Higgins y Marín). Esa fue la Primera Junta Nacional de Gobierno y fue nombrado el 18 de setiembre de 1810.

—¡El 18 de setiembre! —dije— ¡Qué buena idea nombrarla para las Fiestas Patrias!

—Al revés, Papelucho. Las Fiestas Patrias son para celebrar el nombramiento de la Primera Junta Nacional de Gobierno.

—¡Ah!... —dije desilusionado—. Eso no más...

—No has comprendido nada, entonces.

Me chupé el dedo, pero lo tenía tan caliente como una papa de cazuela. Me lo saqué de la boca porque casi me quemaba y lo volví a levantar.

—¿Estás apuntando, Papelucho?

—No, señorita. Me estoy enfriando el dedo.

—No quiero saber más de tu dedo —dijo ella—. Les he explicado lo de la Primera Junta de Gobierno, ¿han comprendido?

—No, señorita.

Miró al techo para buscar paciencia y la encontró.

—Ya saben ustedes que los españoles habían hecho ciudades en Chile. Que tenían sus familias, sus negocios. Ellos dependían del Rey de España. Y el que mandaba en Chile era un español elegido por el Rey. Los chilenos no mandaban. Tenían que obedecer al Gobernador. Por eso los chilenos que se llamaban patriotas le pidieron su renuncia al Gobernador y eligieron a tres caballeros chilenos en vez de él. Con ellos Chile empezaba a ser gobernado por chilenos.

—¡Ya entendí! —dije yo— Pero usted nos pitó cuando dijo que tenían que luchar. No les costó nada...

—Ya verás. No iba a ser tan fácil como pareció al principio. Quedaron todavía en Chile muchos españoles que habían sido dueños y patrones desde el tiempo de Valdivia. Esos españoles querían a su rey y estaban acostumbrados a obedecerle. No iban ellos a entregar su poder, sus tierras, sus riquezas por el alboroto valiente de los patriotas. Se iban a defender.

XXIV

LA SEÑORITA CARMEN en persona me curó el dedo, porque es rebuena gente fuera de clase. Mientras me lo lavaba y me lo envolvía me dijo:

—¿Conoces tú, Papelucho, a don Bernardo O'Higgins?

—No —le dije.

—¿No has oído hablar de él?

—Claro que sí. Pero como usted me preguntó si yo lo conocía...

—¿Y has oído hablar de don José Miguel Carrera?

—¿Tiene estatua?

—Sí, la tiene. Pero no está a caballo. Carrera, O'Higgins y Marín formaron la primera Junta de Gobierno.

—Bien encachada esa Junta, ¿no? ¿Y cómo era Carrera?

—Un hombre extraordinariamente inteligente y simpático. Muy vivo, generoso, valiente y se hacía obedecer de todos. Por eso su padre lo mandó a terminar sus estudios a España, por miedo a que se metiera en revueltas. Y tal como pensaba su padre, apenas pudo entró al ejército español y se fue a pelear en la guerra de España contra Napoleón. Como era tan valiente luego le dieron la Medalla de Oro y lo nombraron Sargento Mayor de Húsares. Pero de repente lo hirieron y tuvo que irse a su casa.

—Ahí estaba, rabiando por no poder pelear en la guerra, cuando le llegó una carta de Chile. Su padre le contaba lo de los Patriotas, lo de la Junta de Gobierno y lo de la Independencia. Don Miguel saltó de la cama y se embarcó para Chile. Venía impaciente por ayudar a pelear por la

Independencia de su Patria.

—¿Y entonces?

—A poco de llegar fue elegido en la nueva Junta de Gobierno con O'Higgins y Marín. Como ellos no se interesaban en gobernar, Carrera quedó solo gobernando.

—¿Echó a los españoles? —le pregunté.

—No tan ligero, Papelucho. Primero hizo un diario: la Aurora de Chile, después el Instituto Nacional y después la bandera chilena en vez de la española.

—¿Y después armó la guerra?

—Cuando los españoles vieron todas las ideas y demás cosas que estaba haciendo Carrera, resolvieron atajarlo. Formaron su ejército en el que había muchos hombres. Se llamaba el ejército realista. Realista quiere decir que eran partidarios del Rey. Y salió el ejército realista al encuentro del ejército Patriota, que era el de los chilenos.

—¿Y se armó al fin la guerra? —pregunté.

—Carrera supo que venían a atacarlo y puso al mando de su ejército a su amigo don Bernardo O'Higgins. La mayoría de los patriotas no eran más que voluntarios, no eran soldados.

—Entonces, no sabían pelear...

—Los valientes siempre saben pelear. Cuando por fin se encontraron en Chillan, pelearon cuerpo a cuerpo. Llovía con tanta fuerza que tuvieron que dejar la batalla. Se fueron a pasar la noche al Roble.

—Tampoco resultó la pelea.

—Espera. Mientras dormían los patriotas en el Roble, aparecen de sorpresa los realistas con su inmensa tropa y sus regias armas. Los patriotas se defienden como leones. Pelean desesperadamente. O'Higgins les grita: "¡O vivir con honor o morir con gloria! ¡El que sea valiente, que me siga!" y se lanza contra los realistas. A pesar de no estar preparados, los patriotas, el valor de O'Higgins los hizo ganar la batalla.

—¡Al fin! —dije yo y la señorita Carmen terminó de amarrarme el dedo.

XXV

YO LES CONTÉ A LOS DEMÁS que por fin iba a ponerse entretenida la Historia de Chile. Y cuando sonó la hora de clase entramos. Bien apurados, como si fuéramos al teatro. Pero la señorita Carmen no aparecía.

Entonces por fin llegó la señora Riquelme y dijo que la iba a reemplazar porque la señorita Carmen se había enfermado.

Y la señora Riquelme es una veterana que le enseña Historia a los de 3° Medio. Porque es verdaderamente SABIA. Así que resolvimos ponerle mucha atención para aprenderlo todo de una vez y cuando se mejore la señorita Carmen darle la sorpresa.

—¿Cuál fue la última clase, niños? —dijo con voz amarilla.

—La batalla de Roble —dije yo, creyendo que era en clase donde la señorita Carmen me la había contado.

—Están ya en la Independencia —dijo con respeto—. ¿Saben algo de O'Higgins?

Yo paré el dedo. Sin dolor.

—Diga usted —me dijo porque no sabe mi nombre.

—O'Higgins ganó la batalla en el Roble —dije sin respirar.

—Muy bien. Los patriotas lo nombraron entonces General en Jefe del Ejército. Pero, ¿de dónde vino este señor O'Higgins?

Nadie contestó y la señora Riquelme se puso a hablar.

—Bernardo O'Higgins era hijo del que fue Gobernador, don Ambrosio O'Higgins y de una señora chilena. Pero como al Rey de España no le gustaba que sus Gobernadores se casaran con chilenas, tuvo que esconder a su hijo en casa de un amigo para que el Rey no supiera que lo tenía. El amigo lo llevó a su fundo y ahí Bernardo aprendió de todo, porque era muy inteligente. Corría a caballo, cazaba, saltaba pircas, disparaba con regia puntería. Y un buen día su papá lo hizo mandar a Europa al mejor colegio de Inglaterra para educarlo.

—Bernardo se sentía muy solo allá; se acordaba de Chile, de su mamá chilena, de su padre que no se atrevía a tenerlo a su lado por miedo al Rey de España. Algún día, cuando fuera hombre, vendría a Chile a pelear por la libertad de su patria y porque los chilenos no tuvieran que obedecerle a los españoles.

Por fin se embarcó para Chile y llegó poco antes de que muriera su padre.

Este fue Bernardo O'Higgins, el General en Jefe del Ejército chileno en la guerra de la Independencia, y el que ganó la batalla del Roble.

—¿Y esa fue toda la guerra? —pregunté.

—¿Dónde está el Roble? —preguntó Urquieta.

—Cerca de Chillan —contestó ella y a mí ni me hizo caso.

XXVI

RESULTA QUE la señorita Carmen no volvió al colegio en toda la

semana. Justo cuando todos teníamos ganas de saber lo que pasó con O'Higgins. Nosotros pensábamos que estaría muy enferma, tal vez tendría cáncer o peste. Así que el domingo en la mañana seguramente se habría muerto. Yo estaba seguro que el lunes nos iban a decir al entrar al colegio: Hoy tenemos Misa por la señorita Carmen.

Pero en lugar de eso, estaba la propia señorita Carmen en el patio esperándonos. Eso sí que estaba completamente distinta. Tenía la cara como nueva, los ojos así como artista y un carácter como si fuera su día de santo.

Nos saludó a cada uno por separado, nos dio un caramelo a cada uno y cuando entramos a clase de historia dijo:

—Es un gran día para mí, un día inolvidable.

Yo pensé que se habría sacado una moto en alguna rifa, pero después pensé que las mujeres gozan con otras cosas. Entonces me dije: Habrá encontrado asiento en el micro o le habrán dado un par de medias, y no me preocupé más.

—Haremos una clase inolvidable —dijo ella con cara de relámpago—. Así como yo recordaré este día cuando sea viejita, así también ustedes se acordarán de esta clase cuando sean veteranos...

—¡Chitas! —le dije a Gómez—. Nos va a repartir helados y escopetas.

—No me distraigas la clase, Papelucho. Estamos en clase de Historia de Chile. Y en plena guerra de la Independencia. Tú querías guerra, ahora la tienes. Pero es preciso atender...

—Es que ya la aprendimos —le dije yo—. La señora Riquelme nos enseñó quién era Bernardo O'Higgins.

—Ya me lo había dicho ella. Aprenderemos ahora la batalla de Rancagua. Pero no vamos a contarla. Vamos a vivirla.

Nos acomodamos todos para vivirla, pero la Srta. Carmen nos dijo:

—Colóquense en dos filas. Para una batalla deben haber dos bandos, dos enemigos. Unos serán los realistas y los otros los patriotas. Eso no quiere decir nada. ¿De acuerdo?

Nos habíamos puesto en fila a cada lado de los pupitres.

—Los de la derecha serán los patriotas —dijo ella— y los de la izquierda los realistas.

Yo estaba a la derecha, pero Urquieta y Maldonado eran realistas. Nos miramos con bastante odio. Sobre todo Maldonado que es español y le carga estudiar historia de Chile.

—Para que ustedes vivan la batalla de Rancagua, construiremos la Plaza de Rancagua —y nos hizo colocar los pupitres dejando una plaza en

medio y cuatro calles libres. Los pupitres cerraban las esquinas.

—Los patriotas al medio con O'Higgins —dijo ella. Y todos entramos en la Plaza.

—O'Higgins sabe que viene un gran ejército realista a atacarlo y se refugia con sus hombres en la Plaza de Rancagua. Da orden de que tapen las cuatro bocacalles con sacos, adobes, piedras y maderas. Así esperó el asalto como en una fortaleza.

Nosotros en medio de la plaza, llenamos de libros, bolsones y cuadernos las cuatro entradas. Lo malo es que nadie era O'Higgins, pero ella nos mandaba.

—Es el 1° de octubre —dice ella con voz de héroe—. Ustedes los realistas —le dice a Maldonado— son cinco mil soldados. Y se lanzan al asal...

Todavía no había terminado su frase cuando por los cuatro costados se largan los realistas a atacarnos. Volaban los cuadernos, los puñetes, los zapatos. Pero nos defendimos como leones y nadie pudo entrar en la plaza.

La Srta. Carmen tocó la campana y dijo:

—Al día siguiente los realistas comienzan un nuevo asalto para obligar a O'Higgins a rendirse. ¡Esperen! —grita al ver que Urquieta me pesca de las mechas—. Tapan las acequias para no dejar entrar el agua a la plaza. Así los patriotas no tendrían con qué enfriar sus cañones y se desesperarían de sed. Y para obligarlos a entregarse, los realistas le prenden fuego a los cuatro costados de la Plaza.

—O'Higgins no le tenía miedo a la muerte. Aunque el fuego los ahogaba con su calor y su humo y no tenían agua para apagarlo, él seguía luchando. De los 1.700 patriotas que peleaban había sólo trescientos en pie. Los demás estaban muertos o heridos... En realidad no quedaba otra cosa que rendirse... Un oficial español les dice que se entreguen.

Hasta ese momento escuchamos con atención a la Srta. Carmen, pero cuando veo la cara de felicidad de Maldonado, no pude sujetarme y me tiré sobre él con un grito de: ¡Viva Chile! ¡Viva la Patria! y lo eché al suelo.

Parece que O'Higgins hizo lo mismo y gritó lo mismo. Entonces los Patriotas me imitaron todos y pasamos por encima de los realistas como una carga de caballería. Dejamos la crema. Aunque ellos eran 5.000 y nosotros apenas 300 los liquidamos y pisoteamos y ganamos la batalla.

Y resultó tan macanuda esta batalla, que casi todos los realistas quedaron machucados, rasguñados y uno con el brazo zafado. Y costó mucho volver a ordenar la clase...

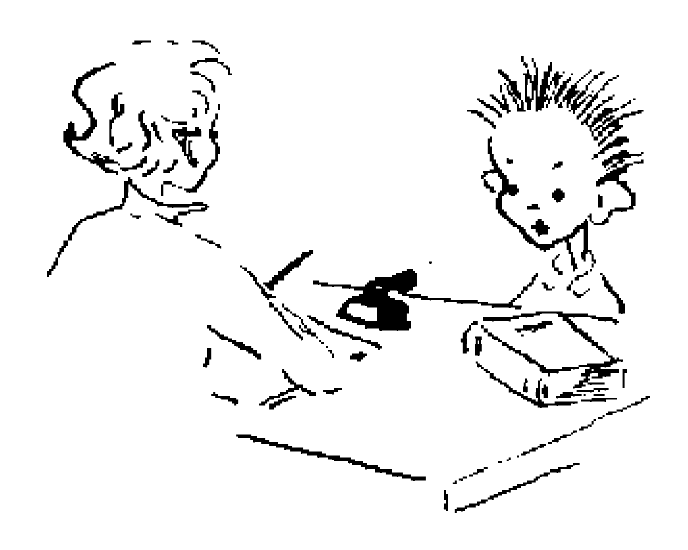
Pero lo peor de todo fue que la Directora del Colegio mandó a llamar a la Srta. Carmen y la retó como a un cabro.

XXVII

AL OTRO DÍA LA SRTA. CARMEN tenía cara de enferma.

Habían faltado casi la mitad de los de la clase y unas mamas copuchentas habían ido a reclamarle a la Directora de que sus hijitos estaban lastimados y que la Srta. Carmen les tenía mala barra y por eso los había hecho realistas. La mamá de Maldonado era peor todavía porque después de insultar a la Directora había sacado a su hijo del Colegio.

Me daba pena la Srta. Carmen que tenía como hipo y miraba todo el tiempo sus uñas. Yo encuentro que su idea fue muy buena porque nunca se nos va a olvidar la Batalla de Rancagua.



Entonces me acerqué a su pupitre y le di una naranja.

—Usted decía que nunca se iba a olvidar del día de ayer, pero es mejor que lo olvide... —le dije.

Ella me miró con ojos colorados:

—Ven acá —me tomó suavemente de un brazo, me acercó a ella y me beso en la oreja. No sé si lo soñé o me lo dijo al secreto, pero creo haberle oído esto: —No importa sufrir, porque él me ama...

Yo me puse como tomate y sentí una rabia atroz en la cabeza. ¿Qué le había hecho yo para que viniera a darme un beso y a dejarme en vergüenza delante de todos? ¡La vida es muy injusta!

Cuando volví a mi asiento, sentí como todos me tiraban besitos en secreto. Tenía más rabia que un volcán.

Pasó un rato en que yo sentía mi rabia y el ruido de besitos y mis

manos no aguantaban más de ganas de dar puñetes.

De repente la Srta. Carmen dijo:

—O'Higgins ganó la batalla de Rancagua, pero no había vencido a los realistas...

Todos pusimos atención en la esperanza de vivir otra guerra.

—Sabían los patriotas que en la Argentina, don José de San Martín estaba luchando también contra los realistas. Los argentinos igual que los chilenos querían ser libres. Y O'Higgins y muchos patriotas se fueron a la Argentina para luchar con ellos. O'Higgins y San Martín se parecían por lo valientes.

—Y también por sus estatuas —dije yo.

—Entre los chilenos patriotas que llegaron a la Argentina había uno que le gustó mucho a San Martín por su habilidad y por su audacia. Era Manuel Rodríguez.

—Ese tiene calle —dije yo.

—Era un hombre joven, arrebatado, revoltoso y valiente. Se atrevía a todo. Disfrazándose de vendedor, de mujer o de cura se metía al campamento de los realistas para averiguar sus planes. Así le daba noticias frescas de todo a San Martín.

Me gustó ese Manuel Rodríguez y por eso puse atención.

—San Martín le encomendó a él que hiciera un batallón a su gusto. Y Manuel Rodríguez eligió a los más valientes, aunque fueran como fueran con tal de que se atrevieran a todo. Para alistarse en su pelotón, Manuel Rodríguez los ponía antes a prueba: Tenían que resistir sin pestañear lo menos veinticinco azotes. Los mandaba disfrazados al campamento realista y conversando y conversando los patriotas de Manuel Rodríguez les hacían creer que no se preocupaban ni estaban preparados. Entonces los realistas también se despreocupaban. Ahí llegaba Manuel Rodríguez con sus fuerzas, los sorprendía, atacaba y los vencía.

—Cuéntenos más de Manuel Rodríguez —dijo Pérez.

—Los españoles lo perseguían sin poder encontrarlo. Ofrecían una cantidad de oro al que lo apresara vivo o muerto. Pero él se escapaba de sus manos. Un día llegaron a buscarlo a la casa de un juez donde él estaba escondido. Había ahí dos borrachos. Cuando vio venir a los guardias españoles, Rodríguez se hizo el borracho al lado de los otros. Habló con los guardias que lo perseguían y ellos ni lo reconocieron y se fueron.

—¿Qué más hizo? —preguntó Navarro.

—Otro día llegó a casa de un jefe realista vestido de panadero y le dejó

el pan sin que sospecharan que era él.

—Cuéntenos más —pidió Gómez a la Srta. Carmen.

—Bueno... La plaza de Melipilla estaba tomada por los españoles. Llegó Manuel Rodríguez con ochenta huasos a caballo, los sorprendió y antes que pudieran defenderse, se tomó la plaza. Así los españoles no podían más con él y ofrecían mil monedas de plata por su cabeza. Cuando Manuel Rodríguez supo esto, se acercó al coche del representante del Rey de España y le abrió la puerta para que él bajara. ¡Cómo iba a pensar ese caballero que era el propio perseguido! Y así, se atrevía a todo. Otra vez se disfrazó de marino y se metió en la cocina de un Jefe realista y pudo oír lo que planeaban ellos en el comedor.

—¡Era un choro! —dije pensando que me gustaría ser como él.

Cuando terminó la clase la Srta. Carmen ya no tenía los ojos colorados y a mí no me ardía la cabeza ni me tiraban besitos. Todos queríamos jugar a "Manuel Rodríguez".

XXVIII

ESA NOCHE, mientras estaba feliz durmiendo, desperté con la rabia del día antes. Oía besitos de los chiquillos riéndose de mí. También sentía en la oreja el secreto de la Srta. Carmen. ¿Para que me lo dijo? ¿Qué me importaba a mí que "Él la amara"? Eso es lo malo de todas las mujeres. Lo único que les importa es el amor. Me dio tanta rabia con ella que me desvelé...

Al otro día me levanté temprano y estuve ensayándome de dar puñetes para todos lados. Porque veía que al entrar al colegio iban a empezar todos a tirarme besitos. Y estaba decidido a defenderme. Y en la casa armaron más rosca porque reventé la almohada, y el colchón se cayó por la ventana y se le quebró la pata al velador.

Y nadie me hizo burla en el colegio porque resulta que se habían robado en la noche nada menos que la Caja de Fondos.

Y había Radiopatrullas y Detectives y cuánto hay.

Pero la Srta. Carmen tocó la campana y nos encerró en la clase como si nada pasara.

—Estamos a punto de terminar la Historia de Chile —dijo— y me interesa terminarla para pasar a otras materias.

—Eso es lo malo de estudiar. Se termina una cosa y vamos con otra. No se acaba nunca —dije yo.

—Cuando has almorzado bien, no deberías comer nunca más... —dijo

ella—. Son tonterías. Volvamos a Manuel Rodríguez. ¿Dónde preparaba él su batallón? ¿Dónde estaban San Martín y O'Higgins?

Nadie contestó.

—Papelucho, dime dónde estaba O'Higgins.

—Creo que en Argentina —dije, y le achunté.

—Perfectamente contestado. El ejército Libertador estaba ya listo para atacar a los realistas. Venía de la Argentina y tenía que pasar la Cordillera de los Andes. Una parte venía con San Martín como General y la otra parte con O'Higgins. Tenían que atravesar la cordillera en muías porque los caballos se resbalaban en las quebradas. Era un camino penoso y largo. Paso a paso.

—¿Cuántos años se demoraron? —pregunté.

—Ningún año, pero sí un mes entero. Salieron a principios de enero y divisaron la tierra chilena en los primeros días de febrero.

—¡Qué aburridas eran las guerras de antes! —dije yo.

—El 12 de febrero, al amanecer, el ejército de O'Higgins se encontró con los realistas. Era en los cerros de Chacabuco.

—Srta., yo conozco la cuesta de Chacabuco —dijo Pérez.

—Muy cerca de allí —dijo ella— San Martín dio orden de avanzar a los dos grupos de patriotas. Pero los realistas estaban muy preparados y los recibieron con cañonazos. Y los patriotas no pudieron seguir adelante. Al ver esto los realistas se creyeron ganadores y se descuidaron. De repente, O'Higgins con su ejército se deja caer sobre ellos de sorpresa. Los realistas se defienden valientes.

Pero los patriotas chilenos estaban resueltos a ganar la batalla. Una lluvia de fuego, sablazos, lucha cuerpo a cuerpo. Parecían soldados de hierro y los realistas no tuvieron más remedio que arrancar. Ahí quedaron tendidos sus caballos, sus armas, los prisioneros, los muertos y los heridos. La batalla de Chacabuco había sido ganada por los chilenos.

—¿Y con eso se acabó la guerra?

—No todavía. O'Higgins fue elegido Director Supremo de Chile, que es más que un Presidente. Eso fue el año 1817.

—¿En 1817? —dije yo—. Es bien fácil de acordarse.

—¿Por qué es fácil?

—Porque es fácil —contesté.

—Vamos a ver si lo recuerdas —dijo como sacándome pica—. Pero sigamos adelante. O'Higgins había ganado a los realistas, pero no estaba tranquilo porque sabía que había muchos de ellos en Chile. Cualquier día

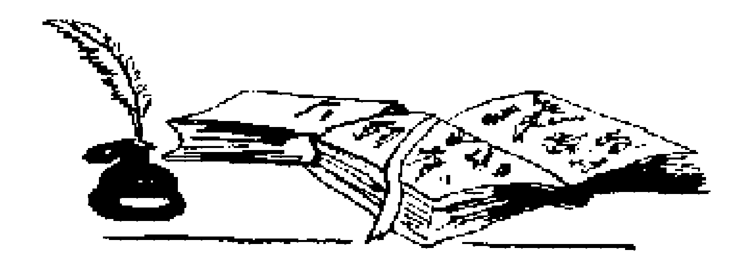
podían armar una revolución. Entonces decidió averiguar lo que pensaba la mayoría del pueblo chileno. Y mandó poner en todos los cuarteles dos libros para que en ellos firmara todo chileno. En uno debían firmar los que querían la Independencia de Chile y en el otro los que no la querían, o sea los realistas. Así se sabría cuáles eran más.

El libro de los Patriotas, de los que querían la Independencia de Chile se llenó de firmas. El otro no tuvo tantas. Entonces O'Higgins escribió el Acta de la Independencia de Chile y la firmó. Eso fue el 12 de febrero de 1818, un año después de la batalla de Chacabuco. Ese día el pueblo de Chile vio la Jura de la Bandera, que significa que Chile era un país libre con su bandera propia.

—¿Y fue una fiesta muy linda? —pregunté.

—Impresionante —dijo ella.

—Tres veces impresionante —dije yo—. Pero yo creo que O'Higgins eligió el 12 de febrero para la Jura de la Bandera porque era más fácil para nosotros recordarlo. Porque el 12 de febrero se ganó la batalla de



Chacabuco, y el 12 de febrero se fundó Santiago. Era un día bien conocido.

—Tienes razón. Pero entretanto los realistas se aprovecharon de que O'Higgins estaba ocupado de otras cosas y atacaron a los patriotas en el sur.

—¡Chitas! —dije yo porque a mí me habría pasado lo mismo. Ya ni me acordaba de los realistas.

—Cuando supo esto O'Higgins, partió con San Martín a defender su ejército. Acamparon cerca de Talca, en Cancha Rayada y estaban arreglando su posición, cuando se les vino encima el ejército realista. Estaba oscuro y era una confusión. Los patriotas trataron de defenderse, pero era difícil en la oscuridad de la noche y sin conocer el terreno. El caballo de O'Higgins cayó muerto y el propio General recibió un balazo en el brazo derecho. No había más solución que dispersarse. Este fue el desastre de Cancha Rayada.

XXIX

ME DIO TANTA RABIA ese desastre que no podía pensar en otra cosa.

Así que me acerqué a la Srta. Carmen en el recreo y le pregunté:

—Oiga, entonces, ¿Chile no es libre todavía?

—¿Por qué Papelucho?

—Por el desastre de Cancha Rayada y también porque Maldonado siempre me está sacando pica con que España es nuestra madre patria y otras patillas.

—Maldonado es español, no lo olvides.

—Bueno, pero ¿Chile es libre o no?

—Totalmente libre.

—¿Y cómo?

—Después del desastre de Cancha Rayada se corrió la noticia de que O'Higgins y San Martín habían muerto en la batalla. Pero era mentira. El ejército patriota volvía a Santiago y resolvió acampar en Maipú, cerca de los Cerrillos. Los realistas estaban cerca de allí.

—¿Hubo otra batalla más?

—Otra, la decisiva.

—¿Decisiva? —pregunté.

—Decisiva quiere decir la que le dio el triunfo a los patriotas. Fue el día 5 de abril. Esa mañana San Martín en persona dirigió la batalla. Fue una pelea a muerte y duró muchas horas.

—¿Y O'Higgins?

—Estaba en Santiago, herido en cama. Acuérdate que había recibido un balazo en el brazo derecho... Pero cuando supo que su ejército estaba luchando en Maipú, se levantó de la cama, se vistió y partió al galope. Peleó con toda su alma, a pesar de estar herido. Esa batalla de Maipú fue la decisiva y la ganaron los patriotas.

—¿Decisiva? —pregunté.

—Ya te expliqué lo que es decisivo.

—¿No hay más batallas, entonces? "Decisiva" quiere decir "última".

—La última batalla, Papelucho. No te olvides, fue el 5 de abril. Ese día, a las 6 de la tarde, había en Maipú 500 muertos y dos mil prisioneros realistas. Desde ese momento Chile era completamente libre.

—¡Por fin! Ya veía que me iba a salir con otro desastre. Así que Maipú es tremendo de importante. Y yo ni lo conozco siquiera. ¿Está muy lejos?

—Al lado de Santiago. Cuando O'Higgins ganó esa batalla, le prometió a la Virgen del Carmen, la Patrona de nuestro ejército, levantar un gran templo en su honor, donde mismo conquistó la libertad de los chilenos.

—Pero entonces no cumplió su palabra, porque total sólo hace poco que

lo hicieron.

—Ahora han terminado de construir el Templo de Maipú, pero O'Higgins había hecho antes ahí una iglesita a esa misma Virgen que está en el altar mayor.

—Me gustaría verla.

La señorita Carmen salió al patio del recreo y palmoteó las manos para llamarnos a todos:

—Les tengo una sorpresa —dijo sonrisosa con dientes multicolores—. Mañana iremos a conocer el Templo de Maipú. Pueden traer algo para hacer pic-nic, porque no habrá clase. Conocerán el campo de la batalla que dio la libertad a Chile.

Todos aplaudimos y decidimos revivir la Batalla de Maipú tal como fue, bien peleada y bien ganada. Después entraríamos al Templo a darle gracias a la Virgen del Carmen y rezar una buena Ave María.

